

EL CAMINO DE UNA LIDERESA CAMPESINA

Esta entrevista a Teófila Zambrano se llevó a cabo en mayo de 2002, en el contexto de un estudio sobre el proceso de empoderamiento de mujeres campesinas e indígenas en Panamá. Sus autoras fueron Xiomara Rodríguez y Yolanda Marco.¹

Teófila Zambrano nació en 1959, en Altos de los Martínez, provincia de Veraguas, una de las regiones campesinas más pobres de Panamá. Gran parte de su vida se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX. Conoció la crisis de la democracia parlamentaria, el golpe militar de 1968, la dictadura militar que terminó con la invasión estadounidense de 1989 y la reinstauración de la democracia. Una influencia decisiva en su vida y la de su comunidad fueron los jóvenes sacerdotes católicos que enseñaron una forma de pensar y de vivir basada en la teología de la liberación, durante la década de 1970. Esta entrevista permite reconstruir su biografía y, con ella, las condiciones de vida y trabajo del campesinado veraguense, especialmente la situación de sus mujeres: sus relaciones familiares e intergenéricas, la violencia machista, sus condiciones de salud y reproductivas, la construcción de su conciencia social y política, y la influencia que tuvo en ellas la formación de género que recibieron en Pro IGUALDAD.

Teófila Zambrano fue la primera mujer que presidió la Federación de Organizaciones Campesinas e Indígenas de Veraguas (FOCIV). Desde entonces ha luchado sin cesar por los derechos de los campesinos y, en especial, de las campesinas. En 2007 permanecía en la dirección de FOCIV.² En los últimos años se ha destacado como representante de los campesinos ante el Frente Nacional en Defensa de los Derechos Económicos y Sociales (FRENADESO), denunciando las amenazas para que abandonen sus tierras en favor de proyectos hidroeléctricos y mineros en la región; y advirtiendo que rechazarán estos proyectos y llegarán hasta las últimas consecuencias para proteger sus tierras.³ En 2012 representó a la Unión Campesina Panameña en la II Escuela Continental de Mujeres del Campo CLOC/Vía Campesina, en Bogotá, donde se trataron temas de

¹ Marco, Yolanda y Xiomara Rodríguez: *Empoderamiento individual y colectivo de mujeres rurales*. La investigación se realizó entre marzo y junio de 2002 como parte de las evaluaciones de los componentes del Programa “Promoción de la Igualdad de Oportunidades en Panamá” (Pro IGUALDAD), que se desarrolló de 1997 a 2002 bajo los auspicios del Gobierno de Panamá y de la Comisión Europea (PAN/B7-3010/95/100). Es un estudio inédito, del cual solo un extracto de las historias de vida de dos mujeres —Naraskuyai, mujer guna, y Teófila Zambrano, campesina veraguense— aparecen en: Mary Nash, Enrique Gutiérrez y Blanca Deusdad Ayala (eds.): *Desvelando la historia –Fuentes históricas coloniales y poscoloniales en clave de género*, Comares Historia (Granada España, 2013, pp. 161-167).

² Ver: Congreso Bolivariano de los Pueblos, Secretaría de Organización Latinoamericana Caribeña. En <http://www.aporrea.org/actualidad/n105528.html>

³ Meredith Serracín, “Indígenas y campesinos veraguenses dispuestos a defender sus tierras”, periódico Panamá América, <http://www.panamaamerica.com.pa/content/ind%C3%ADgenas-y-campesinos-veraguenses-dispuestos-defender-sus-tierras>

actualidad y las diferentes formas de violencia contra las mujeres del campo.⁴ Estas organizaciones persiguen: “mantener su identidad y alcanzar la justicia, construir la soberanía alimentaria y liberar las semillas de las manos de quienes las privatizan, fortalecer alianzas y redes construidas desde los pueblos, articular las luchas enfocadas en el tema de género, apuntando principalmente a generar espacios para que las mujeres, en igualdad de condiciones, asuman responsabilidades dentro de las organizaciones”.

En 2015 sigue como dirigente de la Unión de Campesinos de Panamá y participa en encuentros de mujeres rurales organizadas que luchan contra la discriminación hacia las mujeres campesinas e indígenas. En la manifestación del 8 de Marzo declaró que “la discriminación latente hacia la mujer indígena y campesina es una lucha constante”, señalando que este problema conlleva a que las mujeres no tengan oportunidades de educación o trabajo y a que ni siquiera cuenten con un adecuado servicio de salud: “El Día Internacional de la Mujer, más que para reflexionar, es un día para solicitar al Gobierno que gestione apoyo para las mujeres rurales, ya que el bienestar no solo es para nosotras, sino también para nuestros hijos”.⁵ En la actualidad, Teófila también forma parte de la dirección del partido Frente Amplio por la Democracia (FAD) en representación de la Unión Campesina de Panamá (UCP).⁶

Pregunta (P): ¿Cuál es su nombre, dónde nació y quiénes eran sus padres?

Respuesta (R): Me llamo Teófila Zambrano Madrid. Nací en la comunidad de Altos de los Martínez. Mi papá, Pedro Zambrano, y mi mamá, Teresa Madrid, se casaron.

P. ¿Puede hablarnos de sus padres, de su familia y de sus estudios?

R. Desde que yo recuerdo, mis padres estaban muy preocupados por que sus hijos fueran a la escuela. Mi papá se preocupaba por eso, y mi mamá por nuestra ropa, zapatos y cuadernos. Fuimos seis hermanos: cuatro mujeres y dos varones. Yo fui la primera; la mayor de todos. Mi papá era bastante estricto; nos tenía un horario, sabía cuándo salíamos y visitaba mucho la escuela para saber cómo andábamos con el estudio. Estaba muy pendiente. La escuela estaba en el corregimiento de El Rincón; para llegar caminábamos 15 minutos. Él nos ayudaba en las tareas porque sabía leer. Llegó hasta cuarto grado. No nos permitía salir de la casa. No podíamos tener eso que ahora se llama amigos. No quería que nos corriésemos riesgos en los caminos. Nada más íbamos de la casa a la escuela. “Y si no” —nos advertía— “se van a llevar una *cuera*”.

⁴ <http://frenadesonoticias.org/modules.php?name=News&file=article&sid=2656>

⁵ Esther Rodríguez, “Se sienten abandonadas”, periódico *El Siglo*, 9 de marzo de 2015
<http://elsiglo.com/panama/sienten-abandonadas/23849288>

⁶ <http://www.critica.com.pa/politica/fad-presenta-directiva-187942>

Él le daba mucha importancia a la escuela. Quería que estudiásemos para no ser analfabetas porque las cosas son muy difíciles. Todos le hacíamos caso. En la escuela nos portábamos bien, y si el educador no se portaba bien, teníamos que decírselo a mi papá. Teníamos que tener confianza en él y decírselo.

Mi mamá nunca aprendió a leer ni escribir. Yo llegué hasta sexto grado. Siempre allí, en la comunidad donde nací y donde vivo.

P. ¿Cuéntenos acerca de su marido y sus hijos. ¿Cómo fue la experiencia de ser madre?

R. Me casé a los 14 años. Tuve seis hijos. Los dos primeros fallecieron. Cuando di a luz no había centro de salud; había que caminar hasta la cabecera del distrito y a menudo no se podía porque el río estaba hondo. Mi madre parió en casa; la ayudó su mamá. Mi mamá me atendió a mí. Pero en el momento de cortar el ombligo al niño, atendía un señor, que cortaba la tripita con *cañaza*: una penca que tiene mucho filo. Tiene como flecos, así que le sacaban filo, a veces con una navaja, pero no la desinfectaban. A los dos primeros niños que tuve los cortaron con *cañaza*. Ellos tomaban el pecho muy bien, pero a los ocho o nueve días se murieron. Les pegaba un dolor y no dio tiempo de llevarlos al hospital, que quedaba en Santiago. La carretera era de tierra.

En esa época morían muchos niños; eran pocos los que pegaban. Acá en el campo la llamaban la “enfermedad de siete días”. Los médicos la llaman “tétano” y dicen que es provocada por el corte de la *cañaza*.

P. ¿Y cómo logró que sus otros hijos sobrevivieran?

R. Cuando volví a salir embarazada, ya me empecé a preocupar. Le decía a mi esposo, ¿será que no podemos tener hijos? Si no podemos, tendremos que controlarlo; buscar algo para no tenerlos. A los dos meses, me fui a controlar. Logramos pasar el río y llegar al centro de salud. Ahí el doctor me habló del problema que provocaba el tétano a los bebés. “Como es tan difícil llegar hasta aquí, usted tendrá que venir mucho antes al hospital”, me dijo. En esa época se había abierto el centro de salud de Los Ruices y ahí trabajaba una monja. Yo le planteé que me sentía preocupada y me dijo que no me preocupara; que fuera donde ella un mes antes. Ella me tendría cerca del hospital y me llevaría cuando hiciera falta. La única cosa que me pedía era que no perdiera ninguna cita. Y así lo hice. Mi esposo me llevaba a las citas; andaba pendiente también. Cuando fui a dar a luz, la monja me acompañó y él se quedó acá porque los varones tenían prohibido estar allí. Mi hijo nació con nueve

libras y media. Cuando desperté, me asusté y me puse a llorar porque no tenía al niño a mi lado. Mi esposo también se asustó. La enfermera dijo que todo estaba bien y que el doctor lo estaba viendo. Esto me sirvió. Cada vez que se resfriaba o no estaba bien, llevaba a mi hijo al médico.

P. ¿Cómo era la relación con su marido?

R. El comportamiento de mi marido, bueno... Antes de tener a los hijos, él era un poquito... Creo que era así porque en su casa peleaban mucho. El abuelo golpeaba a la abuela. Yo le dije: “Mira, lo que mi mamá me aconsejó es cierto. No voy a aceptar ni un golpe en mi cuerpo. Si tú tienes algo que decirme, me lo dices. Y él respondió: “Cuando hables con un hombre me tienes que decir lo que él te dice”. Eran celos lo que él tenía. Entonces yo le decía: “Ten la confianza de que si un hombre me dice algo que te va a perjudicar, yo te lo diré”.

En eso vino la segunda hija, la que sería nuestro cuarto hijo. Él estaba muy preocupado y empezó a ahorrar con lo que ganábamos de todo lo que trabajábamos. Yo ya sabía que cuando vendrían los niños habría que procurar sus vestidos, salud, medicinas... Yo también criaba chanchos, gallinas y pavos. Criaba los pavos para los cumpleaños de niños, donde se reunían como 50 personas.

P. ¿Ustedes son propietarios de tierra?

R. Tenemos unas cinco hectáreas de tierra por derecho posesorio. Una parte la reservamos a los animalitos y la otra a la agricultura.

P. ¿Cómo eran las relaciones sexuales en su época juvenil? ¿Usaban anticonceptivos?

R. Antes, quien que exigía tener relaciones sexuales era el varón. Solo estaban tranquilos cuando tenían a las mujeres embarazadas porque así nadie las miraba. A veces, cuando las mujeres no querían tener relaciones, ellos decían que era porque tenían a otro, y ellas por temor accedían. Yo pienso que sobre las relaciones hay que tener más coordinación. Si el hombre trabaja, puede estar cansado y si la mujer si trabaja, en la casa o fuera de ella, el cuerpo va a sentirse cansado. El cuerpo a veces no está en condiciones y no puede estar violándose. Además, las mujeres ahora también están entendiendo que cuesta mucho tener hijos. Hay que planificar.

Cuando mi esposo vio lo que era el parto, dijo que no me quería ver más así y pidió que me operaran, pero la enfermera nos explicó que la operación solo la hacen de 35 años en adelante. Me controlé tres años antes de tener a mi hija. Entonces llevé a mi marido al doctor, y él le dijo: “Tú tienes que poner de tu parte, mijo, porque por parte de la mujer no hay problema. Ninguna está

deseando el embarazo”. Entonces planificamos. Pensé que no iba a salir embarazada. Pero quedé encinta. Después le dije: “¿Cuántos hijos vamos a tener? ¿Ocho o nueve como nuestras mamás? Siento que eso sería un error. Ya vamos a parar. No vayas a pensar que ya no te quiero o que tengo a otro”. Fuimos al doctor y ahora nos cuidamos. El método que usamos es una tabla. Y ya la hija pequeña tiene 20 años.

El doctor me habló de otros anticonceptivos, pero yo escuché una vez a un padre que decía que tomar anticonceptivos es un error para el cuerpo humano. Mejor quiero algo natural.

El nombre de los niños los pusimos los dos, viendo en el almanaque.

P. En vista de todas estas dificultades, ¿cómo se siente usted con el hecho de ser mujer?

R. Me siento satisfecha de ser mujer, y más ahora que siento que ya no sólo tiene valor el hombre. Ya no es como antes. También yo tengo mi valor; tengo el pensamiento para pensar y la lengua para hablar lo que yo quiero. No tengo ningún descontento. Me daba igual que mis hijos nacieran hombres o mujeres. Me dieron el mismo dolor.

P. ¿Cómo ve las relaciones entre hombre y mujeres? ¿Se ha sentido maltratada por ser mujer?

R. La relación hombre-mujer, en el caso mío, ahora la veo bastante bien. A nivel de comunidad, hay confianza y nos sentimos como parte de una familia. A nivel de organización, en el Comité Ejecutivo, al principio sólo había una mujer. Pero teníamos una relación de confianza. Yo les contaba mis dificultades y ellos las suyas. Compartíamos.

Verbalmente me he sentido agredida en la organización, por su política; pero no físicamente. También he sentido que no respetan mis derechos en las asambleas de padres de familia. Algún hombre decía: “Esta mujer dice tonterías”. Pero eso ahora ya no me ocurre.

Yo siempre les he dicho a mis hijas que no se dejen llevar por lo de antes, ni se dejen pegar por los hombres. Que aprendan a autogestionarse. Les digo que hagan como yo: cuando empecé, con 15 años, a formar un hogar, recién casada, hacía mis trabajos, tejía bolsas, empecé a coser, y con mis compañeros las vendía por ahí. Vendía una gallina, tenía mis ingresos y les compraba vestidos a mis hijas. El marido poco era lo que hacía. Yo les digo a mis hijas que hagan lo mismo. Porque la lucha no es de uno o el otro; es de los dos. Deben analizar las cosas y corregirse dentro del hogar, sin

llegar al divorcio, resolviendo el problema. Tener un buen comportamiento y hacer que el hombre las comprenda. Al hijo le digo lo mismo.

P. ¿Cómo comenzó usted a participar en organizaciones comunitarias?

R. Más o menos en 1965. El comité católico me eligió como presidenta. Fue una actividad importante. A partir de eso surgió la necesidad de una capilla. Nosotros teníamos un centro en El Rincón, pero el sacerdote decía que hacía falta una capilla para bautizar a los hijos en la propia comunidad.

Comencé a participar en la organización de la comunidad a comienzos de los años 80 con PRODESO (Programa de Desarrollo Social). Hay un programa de alfabetización y yo alfabetice a nueve mujeres. Ahí descubrí las necesidades que tenía la comunidad. Producto de este programa de alfabetización surgió el proyecto de la casa comunal, que fue muy importante. En 1993 comenzamos el proceso. Ya en 1994 teníamos el proyecto de lo que necesitaba la comunidad. Primero fue con PRODESO, que llegó a dar seminarios a toda la comunidad: mujeres y varones. Luego dijeron que a partir de entonces teníamos que organizarnos nosotros y no depender de PRODESO. A partir de ahí surgieron los grupos: el de jóvenes, la asociación colectiva y el grupo de mujeres. Nos reunimos todos en la comunidad e informamos sobre lo que estamos haciendo; incluyendo a los de la cooperativa, que ha tenido sus altas y bajas. Y así, cuando salimos de la comunidad, manejamos toda la información.

P. ¿Las organizaciones en las que participó la ayudaron a formarse?

R. He participado en bastantes cursos. El primero, sobre los derechos de la mujer, fue con PRODESO. Luego tomé uno sobre los derechos de los hijos. En ese curso, algunas madres lloraban diciendo que ellas no sabían que habían dado a sus hijos una educación patriarcal. Eso fue como en 1991. También aprendí sobre la tenencia de la tierra. Luego, con Carlos Lee, aprendí sobre la contaminación de la tierra. Luego sobre planificación y sobre los huertos caseros. Fui a Nicaragua con PRODESO para una capacitación en agricultura orgánica, representando a FOCIV. El viaje a Nicaragua fue parte de las actividades de una federación de campesinos latinoamericanos, que tiene 14 países asociados y que trabaja en agricultura orgánica.

P. ¿Sobre qué otros temas le gustaría aprender?

R. Me gustaría tomar más cursos sobre leyes, sobre la familia y sobre pensiones a niños abandonados por sus padres. Así podríamos ayudar a evitar la violencia en las comunidades. También me gustaría capacitarme como partera.

P. ¿Qué educación tienen sus hijos?

R. Mis dos hijas están graduadas de comercio y trabajan como secretarias. La tercera está estudiando enfermería. Mi hijo es agricultor y trabaja en la construcción.

P. ¿Cómo se siente consigo misma?

R. Me siento contenta por el momento. He logrado lo que mis hijos me pedían: la escuela, el estudio. Mis hijas me pidieron estudiar hasta el sexto grado. Luego ya gestionarían un trabajo. Todas han logrado lo que querían. Todas me ayudan con algo. Trabajo la agricultura... el arroz, el maíz... Y ellas me ayudan para la carne y el pasaje. Me quieren mucho y no quieren que tenga problemas con su papá porque también lo quieren mucho. No quieren que nos separemos.

P. ¿Qué proyectos tienen hacia el futuro usted y su organización?

R. Nos gustaría tener más capacitación en administración y en matemáticas porque necesitamos llevar la contabilidad. En la cooperativa hay contables pero a veces no son buenos administradores. También ha habido quienes se llevaron recursos de la organización.

La cooperativa surgió en 1973. A mi tío lo encarcelaron por la cooperativa en 1974. No permitimos que lo maltrataran porque la gente se movilizó de una vez y lo liberaron. Era hermano de mi mamá. Fue un luchador. Antes los ricos se aprovechaban mucho de nosotros. Llegaban y decían: “Les compramos toda la producción en siete dólares el quintal. Si están conformes, bien. Si no, nos quedamos con las tierras; ustedes salen de aquí y no tienen derecho a nada”. Así surgió la idea de formar una organización para vender nuestra producción a otros. Nos ayudó un sacerdote. Después vino el padre Héctor Gallego. La idea de la cooperativa surgió de ahí. Lamentablemente, nos lo secuestraron. No lo conocí personalmente. Sólo por libros. Mi padre sí lo conoció.

P. ¿Ha aprendido de otros dirigentes comunitarios?

R. Algunas personas de mi familia: primos, tíos... Mi papá también fue dirigente de la comunidad. Él organizaba a la gente para limpiar la carretera por donde íbamos a la escuela y para construir las escuelas. Había un padre —el padre Paulo Buter— que en 1965 hacía la celebración los domingos y

a la vez una reflexión sobre la necesidad de organizarnos. Llegaron también unos señores del Perú y nos animaban: “Ustedes tienen que organizarse o si no el gato se los va a comer”.

Aprendimos mucho de nuestro papá. Lo malo era que maltrataba a mi mamá. Era muy violento. La golpeaba, la corría de la casa... Para nosotros era bastante triste. Llorábamos. Mi mamá era una mujer muy trabajadora; hacía la comida a mi papá, se la llevaba al monte y lo ayudaba con el arroz. Algunas mujeres la calumniaban porque le tenían envidia y decían que eso lo hacía ella porque quería que la vieran los hombres. Él la insultaba y la corría de la casa. Ella nos decía que no se iba porque nos quería. Él siguió siempre maltratándola. Cuando me casé, me la quise llevar a mi casa, pero mi esposo dijo que sería peor. Llegó el día en que, cuando él la amenazó, ella dijo: “Hasta aquí llegué”. Habló con nosotros y nos dijo que se iba a separar porque ya no podía seguir aguantando más maltrato. Y se fue a casa de su papá. Nos dio mucha tristeza porque no queríamos verlos separados: uno por ahí y el otro por allá. Ella nunca tuvo ningún marido más [se ríe].

P. ¿Y usted, ¿cómo conoció a su marido? ¿Cómo fue su noviazgo? ¿Cómo le gustaría que fueran en el futuro las relaciones de hombres y mujeres?

R. A mi marido lo conocí en la escuela. Lo veía siempre en el camino y él me decía: “Tú no te vas a casar con ningún otro. Te vas a casar conmigo”. Yo lo *maldiceaba*; cometí el error de *maldicear* y la lengua me castigó [se ríe]. “Yo no me voy a casar con usted”, le decía. Él me lleva cinco años. Estudió hasta sexto grado.

Quisiera algo mejor para la juventud; una vida mejor, con armonía, principalmente en la familia. No quisiera que mis hijas vivieran con tanta violencia como la que he visto en mis compañeras. A pesar de que han terminado lo que querían en la escuela, quisiera que ellas siguieran capacitándose y participando en la organización. Es muy importante porque allí uno se relaciona con otra gente y entiende que vivimos con los mismos problemas, tratando de resolverlos juntos. En la organización uno busca la forma; dialoga y negocia con las autoridades. Yo les digo: “Como jóvenes tienen que irse organizando porque las cosas pueden mejorar más”. Todavía hay problemas por solucionar.

P. ¿Le costó mucho desempeñarse como líder de las organizaciones campesinas? ¿Cree que las actividades con Pro IGUALDAD le sirvieron a usted y a sus compañeros?

R. He sido dirigente de mi comunidad desde hace tiempo y presidenta de la Federación de Organizaciones Campesinas e Indígenas de Veracruz por casi seis años. Los compañeros me reeligieron dos veces. Tuve que hacer muchos sacrificios. Ser líder no es fácil. Uno tiene que ser

fuerte. Primero hay que decidirse y sentir el valor propio porque si uno no se valora, no te van a valorar los compañeros o compañeras. Las críticas destruyen y uno también tiene que atreverse a enfrentar eso. En el Comité Ejecutivo yo me sentía apenada entre el grupo de hombres. Me decía: “Ay, Dios mío, ¿qué hago yo aquí?” Cuando el congreso dijeron “Teófila para presidente”, todo el mundo levantó la mano y yo me dije “¿cómo voy a dirigir una provincia?” Pero tomé la decisión y me atreví. Por eso creo que hoy hay más mujeres en la dirección.

En 1995 fui electa presidenta por primera vez y luego en 1998 de nuevo. Ahorita mismo vamos ya por 53 organizaciones. Con la ayuda de Pro IGUALDAD ha aumentado la Federación. Ha sido un gran apoyo para la integración y para las mujeres. En el primer seminario que tuvimos, en 1999, la mayoría eran hombres y muy poquitas mujeres. Ahora la participación de las mujeres ha sido mayor que la de los varones, a pesar de que algunas tuvieron dificultades para llegar por la distancia, que es mucha, y porque tienen que pasar los ríos.

P. ¿Qué capacitaciones le han parecido más importantes?

R. Pro IGUALDAD ha contribuido a la organización de las mujeres a través de temas muy relacionados con lo que nosotras queremos aprender, como la autoestima; cómo nos sentimos con nuestro propio cuerpo. Otro tema importante es cómo administrar nosotras los proyectos que gestionamos. Antes éramos las mujeres quienes trabajábamos y los hombres quienes llevaban la administración y decidían qué tenía que hacerse. No éramos tomadas en cuenta. Ahora entendemos que nosotras somos tan importantes en la comunidad como los hombres.

P. ¿Puede mencionarnos algunos cambios en su vida a raíz de las capacitaciones de Pro IGUALDAD?

R. Cuando mis hijos empezaron la escuela, sentí confianza de decidir sobre sus gastos. Ahora yo también decido el precio que le pongo a la producción y decido qué comprar. Además, mi esposo ahora me da la oportunidad de cumplir con la organización. Cuando regreso a la casa, él ya no está molesto.

También invité una vez a mi hijo a un seminario y ahora él le da oportunidad a su esposa para que participe.

Las relaciones con mi marido van mejor. Al principio me costaba mucho que me permitiera trabajar con Pro IGUALDAD. Pero participó en un seminario y entendió que había cometido un error. Se

dio cuenta de que debíamos decidir las cosas los dos juntos. Antes —desde los 15 años— yo cultivaba la tierra y él vendía. Ahora él me ha dicho que yo también puedo vender. Los hombres están aprendiendo a valorar el trabajo de la mujer.